



Centro de Estudios de Arqueología Histórica
Universidad Nacional de Rosario



Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica
Latinoamericana | Año XI, Volumen 15 | 2022

Revista del Centro de Estudios de Arqueología Histórica,
Facultad de Humanidades y Artes,
Universidad Nacional de Rosario
<https://teoriaypracticaah.unr.edu.ar/index.php/index>
<https://rehip.unr.edu.ar/handle/2133/14804>

ISSN en línea: 2591-2801

ISSN versión impresa: 2250-866X

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
(CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Melania Lucila Lambri. La arqueología y la
multidisciplinaridad: un breve recorrido por la historia
epistemológica de la ciencia arqueológica y los desafíos
aún pendientes

LA ARQUEOLOGÍA Y LA MULTIDISCIPLINARIDAD: UN BREVE RECORRIDO POR LA HISTORIA EPISTEMOLÓGICA DE LA CIENCIA ARQUEOLÓGICA Y LOS DESAFÍOS AÚN PENDIENTES

ARCHEOLOGY AND MULTIDISCIPLINARITY: A BRIEF WALK THROUGH THE EPISTEMOLOGICAL HISTORY OF ARCHAEOLOGICAL SCIENCE AND ITS STILL PENDING CHALLENGES

Melania Lucila Lambri *

Resumen

La Arqueología se nos presenta hoy en día como una disciplina fácilmente identificable gracias a la singularidad de su objeto de estudio como también a la diversidad de criterios y procedimientos analíticos que la misma fue desarrollando, madurando y re-evaluando a lo largo de su historia disciplinar; al punto de aún en la actualidad se siguen dando debates en torno a distintas cuestiones teóricas y epistemológicas. Este largo proceso también ha llevado a la Arqueología a ramificarse en varios sub-campos enfocados al abordaje de temáticas más específicas e incorporar herramientas provenientes, inclusive, de otras disciplinas. La Arqueometría y la Arqueología Histórica se presentan aquí como dos claros exponentes de esto último. Las mismas expresan además, y de forma muy notoria en la actualidad, una realidad muy

* CONICET-UNR, Lab. de Extensión e Investigación en Materiales (LEIM), Esc. de Ingeniería Eléctrica, Centro de Tecnología e Investigación Eléctrica, Fac. de Cs. Exactas, Ingeniería y Agrimensura. Centro de Estudios de Arqueología Histórica (CEAH), Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. melania_lambri@hotmail.com

interesante de la práctica arqueológica: su naturaleza inter, multi e incluso transdisciplinar. De hecho, la Arqueología ha logrado entablar, desde sus etapas más tempranas, fuertes contactos con otras disciplinas, tanto de las Ciencias del Hombre como de las Ciencias de la Naturaleza, los cuales le permiten de tejer puentes de comunicación entre toda ellas. Esta capacidad puede explicarse por las particularidades de los objetos que interesan a la Arqueología y por las influencias que recibió de corrientes teóricas de la Filosofía de las Ciencias (FC) a lo largo de su historia. Por tal motivo se propone para este trabajo realizar un breve recorrido por la historia epistemológica de la Arqueología en la cual podremos identificar los aportes de la FC en el desarrollo de la arqueología como ciencia, observar los orígenes de los estudios de índole inter-multidisciplinar en Arqueología, y contemplar las ventajas y las dificultades que persisten hasta hoy a la hora de realizar trabajos conjuntos con otras disciplinas.

Palabras clave: Arqueología; Estudio de la Cultura Material; Inter-Multi y Transdisciplinareidad; Epistemología Arqueológica; Filosofía de las Ciencias.

Abstract

Archeology is presented to us today as an easily identifiable discipline thanks to the uniqueness of its object of study as well as the diversity of criteria and analytical procedures that it has developed, matured and re-evaluated throughout its disciplinary history. This led to the fact that even today there are still debates in progress around different theoretical and epistemological issues. This long process has also led Archeology to branch out into various sub-fields focused on addressing more specific issues and incorporating tools from other disciplines. Archaeometry and Historical Archeology are presented here as two clear exponents of what was expressed above. They also express, and in a very notorious way today, a very interesting reality of archaeological practice: its inter, multi and even transdisciplinary nature. In fact, Archeology has managed to establish, from its earliest stages, strong contacts with other disciplines, both in the Sciences of Man and in the Sciences of Nature, which allow it to weave bridges of communication between all of them. This ability can be explained by the particularities of the objects that interest archeology and by the influences it received from theoretical currents of the Philosophy of Sciences (FC) throughout its history. For this reason, it is proposed for this work to make a brief journey through the epistemological history of Archeology in which we will be able to identify the contributions of FC in the development of archeology as a science, observe the origins of inter-multi-disciplinary studies in Archeology, and contemplate the advantages and difficulties that persist until today when carrying out joint work with other disciplines.

Keywords: Archeology, Study of Material Culture, Inter-Multi and Transdisciplinarity, Archaeological Epistemology, Philosophy of Sciences.

Introducción y objetivo del trabajo

Hablar de Arqueología implica referirse, desde una perspectiva global, a aquella rama de las Ciencias Sociales y Humanidades, encargada de estudiar, a través de los vestigios de su cultura material, a aquellas sociedades pretéritas que habitaron en un espacio y tiempo determinados. A su vez, este campo disciplinar se ha ramificado en diversos sub-campos de investigación o especialidades (Landa y Ciarlo, 2016; Rocchietti, 2019; entre otros); siendo ejemplos de ello la Arqueología Histórica y la Arqueometría. La Arqueología Histórica (AH) estudia aquellos sitios “históricos” vinculados al pasado reciente del ser humano; siendo para América el punto de inicio, en términos temporales, la conquista europea del

continente. Si bien en la AH persisten debates en torno a las delimitaciones de su marco epistemológico (Landa y Ciarlo, 2016; Rocchietti, 2019; Ferro, 2020), puede observarse que ésta misma, y la Arqueología en general, busca integrar diversos enfoques y perspectivas que permitan facilitar la difícil tarea de reconstruir el pasado humano de la forma más verídica posible (Yustos, 2014; Landa y Ciarlo, 2016). Esto ha vuelto mucho más notoria la colaboración entre los arqueólogos e investigadores de otras disciplinas de las Ciencias Humanas y, especialmente, de las Ciencias de la Naturaleza (Ciencias Exactas y Naturales). En estas colaboraciones se trabaja en torno a objetos comunes, compartiendo modelos, paradigmas, métodos y teorías; acentuándose así una fuerte interdependencia entre las disciplinas y el conocimiento que generan (Yustos, 2014; Landa y Ciarlo, 2016; Rocchietti, 2019). El otro sub-campo que mejor expresa esta situación es el de la Arqueometría, el cual goza de una gran relevancia hoy en día. La razón es simple, la Arqueometría realiza sus estudios a través de la implementación de técnicas analíticas provenientes de otras disciplinas (tales como la física, la química, la ciencia de materiales, etc.) con fin el poder resolver problemas de investigación propios de la arqueología (Montero Ruiz, García Heras y López Romero, 2007; Artioli, 2010). El mayor potencial de estas técnicas radica en las herramientas que las mismas ofrecen al arqueólogo para obtener información y caracterizaciones más certeras de la historia de los diferentes materiales recuperados en un sitio arqueológico (Artioli, 2010); permitiendo así inferir con mayor nivel de certeza, el pasado de las sociedades que habitaron esos lugares. Es aquí donde cobra un gran peso la investigación inter, multi e, inclusive, transdisciplinar. Recuérdese que el enfoque interdisciplinario implica, justamente, un saber proveniente de diferentes campos científicos que se funde en conceptos generales; mientras que en los estudios multidisciplinarios existe una cooperación entre disciplinas científicas para analizar y comprender una problemática determinada. Por su parte, en la transdisciplina se aprecia que la investigación abarcará a varias disciplinas de forma transversal y con cada una de ellas aportando, desde sus respectivos espacios, conocimientos al tema en cuestión (Ferro, 2020).

Esta cuestión de la, a veces involuntariamente olvidada, naturaleza multidisciplinar de la Arqueología es interesante, especialmente por esa posición “intermedia” que se le suele asignar a la misma frente a las dos grandes áreas de conocimiento de la Ciencia: la de las Ciencias Exactas y Naturales por un lado y la de las Ciencias Sociales y Humanidades. En efecto, aún cuando estas últimas parecen inevitablemente distanciadas a raíz de las diferencias entre sus respectivos objetos de estudio y métodos de análisis utilizados; la Arqueología y sus sub-ramas (como la Arqueometría) se presentan como ese campo capaz de construir un puente de comunicación entre estos dos grandes troncos de la Ciencia (Montero Ruiz et al., 2007). Esta capacidad puede explicarse por las particularidades de los objetos que interesan a la Arqueología y por la innegable influencia que ésta recibió de las corrientes teóricas de la Filosofía de las Ciencias (FC) a lo largo de su historia (Neurath, Carnap y Hahn, 1929; Popper, 1980, 1988, 1991; Hempel, 1972, 1979; entre otros). Por lo tanto, y con el objeto de dar cuenta de aquellos elementos que permiten sostener esta concepción de “posición intermedia” de la ciencia arqueológica; se pretende realizar un recorrido de la historia epistemológica de la misma. Tomando como guía las etapas teóricas de la FC propuestas por Moulines (2011), se pretende identificar los elementos teóricos-metodológicos que cada una aportó para el desarrollo de la arqueología como ciencia. En paralelo, se podrá observar también los orígenes de los estudios de índole inter, multi e, inclusive, transdisciplinar en Arqueología, contemplando las ventajas y las dificultades que persisten hasta hoy a la hora de realizar trabajos conjuntos con las disciplinas que provienen del área de las Ciencias Exactas y Naturales (Montero Ruiz et al., 2007).

La singularidad del objeto de estudio de la Arqueología

La Arqueología se nos presenta hoy en día como una disciplina distinguible dentro del grupo de ramas que se enfocan al estudio del Hombre gracias a la singularidad de los procedimientos de análisis que se implementan para investigar su igualmente singular objeto de estudio: la cultura material. En efecto, esta queda expresada bajo la forma diversos objetos físicos, y por ende con una constitución físico-química determinada, los cuales pueden recuperarse de un determinado entorno físico que fue habitado por alguna sociedad pretérita. Dependiendo de la naturaleza e integridad del sitio, existirá la posibilidad encontrar restos humanos asociados con dichas producciones culturales. Así mismo, también es posible encontrar, en asociación con dicha materialidad, vestigios vegetales, minerales y osteológicos de fauna; los cuales ponen de manifiesto los potenciales recursos naturales aprovechados por sus habitantes. Lo importante, en este sentido, es tener presente que en todos los casos se está haciendo referencia a elementos con unas características físico-químicas muy diversas y complejas. Por otro lado, todos estos materiales no permanecen inmutables en el sitio hasta que son recuperados, sino que a lo largo del tiempo interactuarían de forma significativa con dicho entorno (el cual se rige por leyes propias) al punto de poder ver alteradas sus propiedades. Más aún, el mismo entorno está siempre propenso a experimentar modificaciones (sean naturales o antrópicas) que pueden, por extensión, perturbar, en mayor o menor medida, el registro arqueológico. Este conjunto de aspectos llevó a que la arqueología creara, a lo largo de su historia, un vínculo significativo con distintas ramas de la Ciencia (Figura 1). Esto no se limitaría a ramas de las Ciencias Humanas como la Historia o la Antropología (por mencionar un par de ejemplos), con las cuales mantendría un estrecho contacto sino que también involucraría a aquellas que constituyen a las Ciencias Exactas y Naturales como la Geología, Biología, Química, Ciencia de Materiales, etc. (Hernando Gonzalo, 1992; Landa y Ciarlo, 2016). Más aún, en su búsqueda de afianzar su carácter científico, la Arqueología tomaría históricamente como modelo a las Ciencias Naturales, incorporando varias herramientas teóricas y metodológicas de la misma (Lull y Micó, 1998).

Con este panorama general no debería sorprender la idea de que la Arqueología, y sus sub-ramas, puede ser pensada como una rama “intermedia” de la Ciencia capaz de comunicar a las Ciencias del Hombre y las Ciencias de la Naturaleza; especialmente en un contexto actual donde los estudios inter, multi y transdisciplinarios van adquiriendo cada vez más importancia (Montero Ruiz et al., 2007; Ferro, 2020).

Ahora bien, una interrogante que puede plantearse a partir de aquí es: ¿Cuáles serían los factores que influyeron para que la disciplina arqueológica pudiera alcanzar este posicionamiento? La respuesta a la misma puede encontrarse mediante un recorrido por la historia epistemológica de la Arqueología. En efecto, el accionar actual de esta disciplina es producto de una serie de paradigmas, métodos y teorías que experimentaron cambios, revisiones e innovaciones a lo largo de su historia. Los postulados teóricos provenientes de las diversas etapas de lo hoy conocemos como Filosofía de las Ciencias (Figura 2) tuvieron un rol importante en este proceso (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017).

Por consiguiente, se explorará a continuación la forma en que cada uno de estos momentos impactaría en la definición de los criterios de análisis y los modelos explicativos del pasado humano a través del estudio de la materialidad del registro.

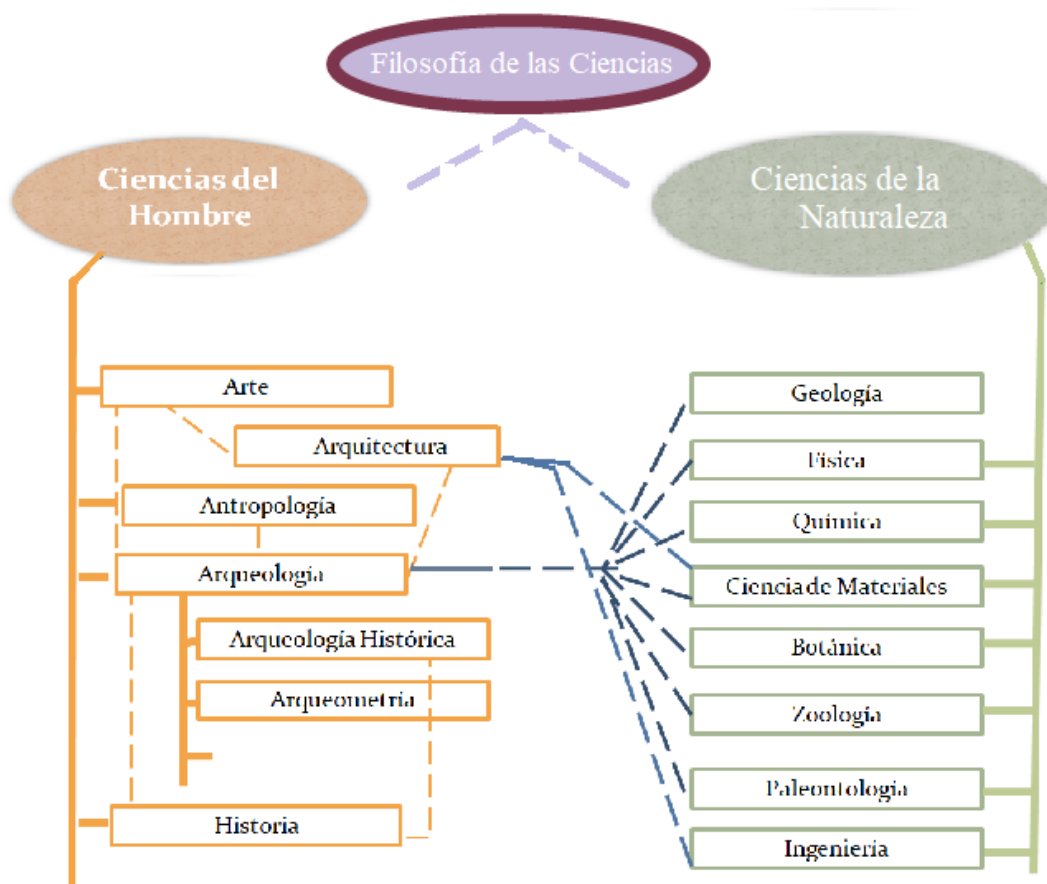


Figura 1. Algunos ejemplos del contacto que la arqueología tiene en la actualidad con distintas disciplinas.

PREHISTORIA	PROTOHISTORIA	HISTORIA
Axiomática clásica	I. Kant	germinación (1890) eclosión (1918-1935) clásica (hasta 1970) historicista (1960-1985) modelista

Figura 2. Filosofía de las Ciencias. Periodización propuesta por Ulises Moulines (2011). Tomada de Di Berardino (2017).

La “Prehistoria” Filosofía de las Ciencias y los orígenes pre-científicos de la Arqueología

Hablar de los orígenes pre-científicos de la Arqueología implica remontarse a la Europa Renacentista con los aficionados y coleccionistas de objetos antiguos quienes simplemente recolectaban lo que encontraban sin ningún tipo de rigor científico (Lull y Micó, 1997). Por otro lado, durante el siglo XVII se verían los indicios de una fase embrionaria de lo que se conoce hoy como Arqueología Histórica con las primeras excavaciones de túmulos funerarios nativo-americanos y los primeros trabajos de investigación de la Comisión Británica Divisoria a fin de delimitar las provincias británicas marítimas de los Estados Unidos (Ferro, 2020). Ahora bien, desde la perspectiva de la Filosofía de las Ciencias, este momento puede considerarse contemporáneo con lo que Moulines (2011) denomina como la “Prehistoria” de la misma; caracterizada por el predominio de la axiomática clásica. Si bien no se aprecia una vinculación directa de esta etapa con los orígenes más remotos de la Arqueología; no deja de ser importante mencionarla ya que formaría uno de los cimientos de la futura Filosofía de las Ciencias (la cual dejaría en distintos momentos su marca en la futura disciplina arqueológica). El mismo implicaba la existencia de una forma segura de obtener conocimiento el cual tendría un correlato con el mundo y que cuyas bases son sólidas, intuitivas y universales (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017).

La “Protohistoria” de la Filosofía de las Ciencias y nacimiento de la disciplina arqueológica

A la siguiente etapa, Moulines la identifica como la Proto-Historia de la FC. Esta vendría de la mano del idealismo alemán kantiano. Según Moulines (2011), el principal aporte de Kant fue la elaboración de una meta-teoría sistemática, es decir, la construcción de un “modelo” (en el sentido moderno), de la estructura conceptual de las teorías científicas (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017). Kant se preguntó por aquella estructura conceptual subyacente que explicaría cómo es posible que estas teorías ofrezcan un conocimiento genuino de la realidad empírica. A modo muy general, lo anterior llevaría a que las ciencias naturales quedaran fundamentadas por la maquinaria kantiana de la Crítica: los juicios sintéticos a priori (por ejemplo: “la recta es la distancia más corta entre dos puntos”), las categorías y las formas puras de la intuición (espacio y tiempo) (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017). Todo este andamiaje conceptual oficiaría de meta-teoría de las ciencias matematizadas del momento (geometría, física y mecánica clásica) puesto que la conjunción de elementos sintéticos y a priori permitiría obtener el genuino conocimiento del mundo (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017). Estos postulados tendrían varios cuestionamientos años más tarde. No obstante, lo que debe destacarse es que los planteos de Kant contribuyeron a los debates vinculados al problema del conocimiento “científico” (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017).

Otro punto que es importante recordar es que el pensamiento de Kant no fue algo aislado, sino que este filósofo formó parte de un enorme movimiento cultural e intelectual iniciado a mediados del siglo XVIII y que perduraría hasta a primeros años del siglo XIX: La Ilustración. Este momento es fundamental, ya que con el advenimiento de la Ilustración surgirían paralelamente las primeras nociones que darían forma a lo que hoy se conoce como Arqueología (Lull y Micó, 1997). Recuérdese que a partir de ese momento, en términos generales, la razón y la experiencia directa serían las únicas vías válidas para conocer el mundo; incluyendo así también al entendimiento de las capacidades humanas (Lull y Micó, 1997). En este sentido, el interés del proyecto Ilustrado por esclarecer los orígenes del ser humano (tomando como modelo el proceder de las Ciencias Naturales), impulsó el desarrollo de diversas investigaciones donde la obtención del conocimiento se concretaría a través del estudio de sus obras materiales. El pasado, como dimensión temporal, se volvería por lo tanto un factor importante para comprender el origen de estos ob-

jetos; los cuales empezaban a ser asociados con funciones sociales determinadas (utilitarias, mercantiles o estéticas) (Lull y Micó, 1997).

Los antecedentes previamente mencionados contribuirían, por un lado, a la consolidación de la Filosofía de las Ciencias como disciplina entre los últimos años del siglo XIX y ya entrado el siglo XX; en un contexto de pleno dominio del evolucionismo y el positivismo en el ámbito intelectual-académico. En efecto, por muchos años reinó lo que se conoce como “evolucionismo clásico” o “unilineal” (con representantes que abarcaban toda la gama de disciplinas entonces practicadas: Darwin, Spencer, Marx, Morgan, entre otros) cuyo fin último era demostrar la unidad psíquica de todos los grupos humanos, quienes, por consiguiente, habrían de pasar los mismos estadios de evolución; una premisa teñida por un fuerte reduccionismo biológico y racismo que conducía, dicho sea de paso, a la justificación de la superioridad de determinadas sociedades (las europeo-occidentales) sobre las demás (Darwin, 1859; Spencer, 1966, 1972; Marx y Engels, 1974; Marx, 1867/1980; Morgan, 1987; Hernando Gonzalo, 1992; Barragué Calvo, 2012). Moulines (2011) plantea que en este momento se iniciaría la etapa “Histórica” de la misma; la cual se dividiría en diferentes “fases” de pensamiento teórico. Estas fases también tendrían, a su vez, un rol relevante en el proceso de maduración de la ciencia arqueológica a lo largo de su historia disciplinar, tanto a nivel teórico como metodológico. Recuérdese que a partir de este momento, la Arqueología también se consolidaría como disciplina humanística, dotada con un objeto de estudio propio y un lenguaje y metodología específicos de carácter científico. Desde el siglo XIX y con el transcurrir de los años, el número de museos, cátedras y escuelas o corrientes teóricas que competirían para definir la forma en que la Arqueología debía producir conocimiento científico iría en ascenso (Lull y Micó, 1997). A pesar de los errores y/o limitantes que cada una pudiera presentar, lo cierto es que cada una logró aportar ciertos criterios de análisis que hoy siguen vigentes a la hora de realizar cualquier estudio arqueológico. A continuación se presentan aquellas corrientes que tuvieron una presencia hegemónica a nivel teórico-metodológico a lo largo de la historia de la ciencia arqueológica.

Hegemonía de la Escuela Histórico Cultural e influencias de las primeras fases “históricas” de la Filosofía de las Ciencias

La primer gran corriente de pensamiento a destacar aquí es la Escuela Histórico Cultural (EHC), nacida en Europa central y septentrional a fines siglo XIX; la cual predominaría hasta la década de 1960. Su principal objetivo sería la delimitación de las denominadas “áreas culturales” (Hernando Gonzalo, 1992). Una de las principales premisas de esta Escuela fue el desarrollo de un fuerte interés en elaborar una metodología acorde a la especificidad del universo empírico que la arqueología estudiaría: la materialidad cultural (Lull y Micó, 1997; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013). Esta necesidad de generar información empírica acerca del pasado humano, condujo a que las tareas de categorización y ordenación cronológica de los materiales arqueológicos cobraran una relevancia fundamental (Lull y Micó, 1997; Carbonelli, 2011). Con ello, se empezaron a establecer “tipologías artefactuales” en base a la complejidad (influenciado por el evolucionismo dominante de la época), a las coordenadas espacio-temporales en donde eran hallados y del aspecto histórico-social. Asimismo, y desde el punto de vista epistemológico, la EHC llevó a cabo sus estudios desde un enfoque inductivista. Es decir, se elaboraron concepciones generales de las culturas, o leyes de desarrollo cultural de carácter universal, en base al estudio de los elementos particulares recuperados en el trabajo de campo (Carbonelli, 2011). No obstante, las culturas también serían definidas por los Histórico-Culturales como entidades estáticas por naturaleza; donde cualquier rastro de variabilidad en el registro arqueológico se explicaba por medio de los procesos de difusión y la migración

(Hernando Gonzalo, 1992; Lull y Micó, 1997; Carbonelli, 2011). Hernando Gonzalo (1992) señala que de estas premisas surgiría un “evolucionismo multilíneal” que buscaría superar las deficiencias del “evolucionismo clásico”. No obstante, habría que esperar hasta la llegada de V. Gordon Childe (1958,2006), y quien estaría doblemente influenciado por las lecturas de Marx y Engels (1974) (siendo de gran interés el materialismo dialéctico), Morgan (1987) y el funcionalista Malinowski (2002), para que el nuevo modelo evolucionista-multilíneal fuera incorporado al estudio de la Prehistoria (Hernando Gonzalo, 1992).

En base a lo descrito en los párrafos precedentes, se observa que, a largo de su período hegemónico, la EHC convivió y recibió influencias con las dos primeras “fases históricas” de la FC identificadas por Moulines (2011). La primera la definió como fase de “germinación” (desde aproximadamente 1890 hasta el fin de la Primera Guerra Mundial), la cual se caracterizaría por la presencia de los denominados convencionalistas, quienes estarían en parte influenciados por el sistema kantiano. Brevemente, para los convencionalistas las teorías eran, efectivamente, convenciones complejas, unas guías para organizar la enorme cantidad de datos obtenidos a partir de observaciones y experimentos. A la hora de dirimir cuál de las teorías rivales elegir, se optaría por aquella que es más útil y simple a los fines de organizar la experiencia. Esto daría un poco más de complejidad a la relación entre la teoría y la experiencia, dado que el conjunto de las teorías o la física misma se pondría a prueba a través de una observación o experimentación (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017). La otra herencia de este período sería el carácter instrumental atribuible a las teorías ya que mediante las mismas se representaría de manera más eficaz los fenómenos observados, proporcionando así mejores predicciones (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017). La segunda fase histórica propuesta por Moulines (2011), fue la de “eclosión” (1918-1935); donde el positivismo y empirismo lógicos (y otras corrientes afines) dominarían el ámbito académico (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017). El primero se distinguiría por considerar que el conocimiento se obtiene mediante la investigación empírica desde las diversas ciencias, y el análisis lógico de la ciencia desde la filosofía; mientras que la segunda sería básicamente una versión más moderada de la anterior. La otra gran consigna de esta corriente de pensamiento, impulsada por los investigadores y filósofos agrupados en el llamado Círculo de Viena (Neurath et al., 1929), sería la fundación de un conocimiento y un lenguaje firme para las ciencias, libre de cualquier resabio metafísico (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017). La mayoría de los positivistas apostaría al requerimiento de una proposición con significado susceptible a ser contrastada por referencia a la observación y al experimento, así proporcionando el fundamento para determinar la verdad o falsedad de las proposiciones científicas. A su vez se establece el sistema kantiano debía abandonarse de forma definitiva (Moulines, 2011; Di Berardino, 2017).

Primeros contactos de la Arqueología con otras disciplinas, nacimiento de la Arqueometría y decadencia de la corriente EHC

Otro detalle que también es importante tener presente a la hora de referirnos al accionar de la Arqueología en este período consiste en que la misma ya estaba estableciendo contacto con diversas ramas de la Ciencia. En caso de las Ciencias Humanas, el acceso a documentos, registros e investigaciones provenientes de campos como la Historia, la Antropología, la Etnología, entre otras, potencialmente asociados al sitio, constituyeron una base de datos fundamental a la hora de inferir el pasado de los grupos humanos que lo habrían habitado. Por su parte, en el caso de las Ciencias de la Naturaleza se puede destacar que, al entenderse que los objetos culturales (previos a ser recuperados del sitio) son elementos materiales con una constitución físico-química determinada que interactúa con un entorno físico (o ambiente sometido a las leyes físicas y naturales), se fueron incorporando criterios y herramientas de aná-

lisis de diversas disciplinas (Vieira y Coelho, 2011; Landa y Ciarlo, 2016). El ejemplo más significativo se daría con la aplicación de las leyes estratigráficas de la Geología como herramienta para interpretar el estado y posición de los objetos provenientes de una locación específica (si bien los métodos sistemáticos se generalizarían recién acabada la Segunda Guerra Mundial). Esto permitiría a los arqueólogos establecer las primeras cronologías relativas para los conjuntos materiales recuperados de un yacimiento (Lull y Micó, 1997; Vieira y Coelho, 2011). También se incorporarían desde la geología herramientas analíticas como la microscopía y los estudios petrográficos que también facilitarían la elaboración de las tipologías estilísticas antes mencionadas. A su vez, otras ramas como la botánica, zoología y paleontología, ofrecerían la posibilidad de realizar estudios sobre fitolitos (botánicos) y restos óseos (tanto de fauna como de humanos) respectivamente en contextos arqueológicos (Montero Ruiz et al., 2007; Vieira y Coelho, 2011). Esto indica que la Arqueología ya contaba, desde un momento temprano, de un carácter inter o multidisciplinar a raíz del contacto con las disciplinas antes mencionadas. A su vez, los avances en la física y la química que se dieron a lo largo de este período, como el descubrimiento de los rayos X en 1895 y la radiactividad en 1896, también serían la ante-sala a una serie de innovaciones tecnológicas de gran impacto que ocurrirían décadas más tarde (Montero Ruiz et al., 2007). Las mismas serían parte de un conjunto de factores que contribuirían al desarrollo y posterior expansión de la Arqueometría como sub-rama de la arqueología; como también (casi en paralelo) del inicio de una nueva etapa teórica de la disciplina arqueológica a partir de la década de 1960-1970: La Nueva Arqueología o Arqueología Procesual (Hernando Gonzalo, 1992; Lull y Micó, 1997; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013).

Llegada de la “Nueva Arqueología” y sus principios epistemológicos para el desarrollo de un nuevo método científico: La marca de la fase “Clásica” de la Filosofía de la Ciencia

Esta nueva corriente nace en un contexto de fuerte cuestionamiento a algunos postulados de la teoría Histórico-Cultural (Lull y Micó, 1997; Ferro, 2013). Por un lado, los crecientes descubrimientos, excavaciones y análisis de los registros arqueológicos (realizados de manera cada vez más rigurosa) aportarían datos que empezarían a contradecir parte de los enunciados evolucionistas basados en la existencia de leyes de desarrollo humano de carácter universal (Lull y Micó, 1998). Se empezaba así a considerar más a las sociedades como realidades histórico-geográficas diversas y cambiantes. No obstante, a pesar de estos conflictos, las tareas orientadas a realizar ordenaciones tipológicas lograron mantenerse hasta hoy como una herramienta de primer orden de cara a la organización de la base de datos empírica. La diferencia radicaría en que ya no se buscaría ordenar en una secuencia sucesiva de validez universal (Lull y Micó, 1997, 1998). Paralelamente, y como ya se había adelantado previamente, los crecientes avances que se venían desarrollando a nivel científico-tecnológico desde las “Ciencias Duras” (Ciencias Naturales, Ciencias Físicas, Ciencia de Materiales, etc.), sobre todo desde el año 1940, trajeron consigo el surgimiento de nuevas técnicas analíticas que la ciencia Arqueológica incorporó a fin de obtener información con mayor nivel de fiabilidad. Algunas de éstas fueron la técnica del Carbono 14 para datación (Lull y Micó, 1997; Vieira y Coelho, 2011), los espectrómetros para mediciones de fluorescencia y masas de los elementos químicos, etc. (Montero Ruiz et al., 2007; Vieira y Coelho, 2011).

La Nueva Arqueología, de la mano de Binford (1983a y b, 1988) y otros investigadores, tendría como prioridad el lograr otorgarle a la disciplina el mismo estatus de científicidad del que gozaban las Ciencias Naturales. Era para ello imperativo elaborar un conocimiento científico válido y objetivo dotado de una base fuertemente empírica, libre de retórica, estética y cualquier oportunismo del contexto histórico-político (Hernando Gonzalo, 1992; Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013). Estas

premisas, en consonancia con la hegemonía de las posturas neo-positivistas del momento, llevarían a que la Arqueología Procesual desarrollara un notorio interés por los componentes ecológicos, tecnológicos y demográficos a fin de inferir el proceso de desarrollo social y político de una población pretérita (Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013). Los restos arqueológicos, como producto y reflejo de las actividades humanas no azarosas que los generaron, formarían parte ahora de un universo físico ordenado; creándose así un fuerte y bien visible nexo entre la Arqueología y el modelo empirista de las Ciencias Naturales. Más aún, con base en las corrientes funcionalistas y neo-positivistas, la Nueva Arqueología definiría a la cultura como un medio extrasomático de adaptación al medio ambiente.

Entonces, dado que la Arqueología Procesual veía en las arqueologías tradicionales de base Histórico-Cultural un estudio de la cultura material en base a labores empíricas, descriptivas, taxonómicas y científicamente desfasadas (Ferro, 2013); se volvía necesario adoptar una nueva metodología que se adecuara a los nuevos intereses del estudio disciplinar (Binford, 1983a y b, 1988). Para ello se abandonarían los métodos de carácter inductivista de la EHC, incorporando en su lugar nuevas propuestas desde la Filosofía de las Ciencias como por ejemplo el modelo hipotético-deductivo de Hempel (1972, 1979). A su vez también se tuvieron presentes las nociones de falsación (donde la ciencia avanza en la medida que se descarten leyes que pueden ser contradecidas por la experiencia) y el criterio de demarcación (la capacidad de una proposición de ser refutada o falseada) presentados por Popper (1980, 1988, 1991). El traslado y aplicación de los criterios postulados por estos dos últimos autores al campo de la arqueología tendría un gran impacto en la forma que se empezaría a producir el conocimiento científico a partir de ese momento. En efecto, el arqueólogo utilizaría el método hipotético-deductivo como herramienta para acceder al pasado y, en base a la información obtenida, elaborar modelos explicativos. Dichos modelos comprenden una serie de variables relevantes que pueden establecer vínculos entre sí en términos de hipótesis que derivarán en expectativas de reconocimiento empírico (Hempel, 1972, 1979; Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013). Luego la investigación práctica (empírica), en forma de trabajos de campo y análisis de diverso tipo (trabajo de laboratorio o experimental), deberá verificar el cumplimiento o descarte de tales expectativas; iniciándose así la etapa de contrastación o falsación del modelo teórico (Hempel, 1972; Popper, 1980, 1988). Si los resultados empíricos cumplen con las exigencias de dicho modelo y hay una coincidencia entre éste y los hechos acaecidos en el pasado; se dispondrá entonces de una contrastación positiva con sentido de verdad. La eventual acumulación de verdades elevará posteriormente el conocimiento al grado de ley (Hempel, 1972, 1979; Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013).

Esto último se volvería de gran relevancia para las Teorías de Rango Medio propuestas por Binford (1977, 1983b), dado que las mismas tienen como finalidad el poder ofrecer métodos de inferencias fiables que permitan crear un puente inequívoco entre el registro actual (estático) y el pasado (dinámico) (Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013). Esto implica desvelar los vínculos causales que originan la naturaleza y disposición actual de los elementos arqueológicos, eliminando el ruido post-depositacional. En otras palabras, el arqueólogo debería aislar los diferentes agentes o fuerzas que generaron un determinado patrón para luego estudiar dichos agentes o procesos en el mundo contemporáneo, buscando especificar criterios para reconocer los patrones que se han preservado en el registro arqueológico (Binford, 1981; Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013). Luego se iniciaría la difícil tarea de inferir el vínculo entre dicho objeto y el comportamiento humano pretérito propuesto en el modelo. Aquí el estudio de situaciones vivas y recreaciones actualísticas/experimentales se volverían el medio para inferir estos comportamientos sociales del pasado materializados en el registro arqueológico. En otras palabras, la regularidad del comportamiento humano podría ser relevada a través de estudios etnográficos

y experimentales comparativos. Es mediante estos estudios, que las Teorías de Rango Medio contribuían a la generación de hipótesis empíricas falsables, como respuestas a la teoría general (Binford, 1977, 1983b; Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011; Ferro, 2013). Más aún, para las Teorías de Rango Medio era importante la incorporación de datos obtenidos técnicas analíticas (como los métodos isotópicos de datación absoluta) basadas en las leyes físico-químicas (y por ende libres de la gestión humana), ya que eran una vía de garantizar su independencia respecto de las teorías generales para evitar cualquier sesgo (Binford, 1977, 1983b; Lull y Micó, 1998; Carbonelli, 2011). Esto también llevaría que se exigiera como nuevo requisito fundamental para la labor científica arqueológica, la explicitación de todos y cada uno de pasos y tareas realizados en el proceso de investigación arqueológica incluyendo las explicaciones. De esta forma se garantizan las condiciones mínimas de repetitividad y comunicación entre comunidades científicas para progresar en la producción de conocimiento (Lull y Micó, 1998). Se vuelve evidente entonces cómo esta re-valoración de la Nueva Arqueología a los criterios y herramientas de estudio provenientes de la Ciencia de la Naturaleza, le permitiría a la entonces ya consolidada Arqueometría (y por ende a los estudios inter y multidisciplinares) obtener su mayor impulso; el cual no se ha interrumpido desde entonces (Vieira y Coelho, 2011). También surgirían como sub-ramas la Etno-Arqueología y la Arqueología Experimental; las cuales combinarían el mundo de las actividades humanas y el mundo de los objetos en contextos de observación controlados por el investigador (Ascher, 1961; Scarano, Pucciarelli, Crivos y Prati, 1994; Nami, 1998; Lull y Micó, 1998).

Nótese que los elementos previamente descritos hasta aquí muestran una clara correspondencia con la tercera fase descrita por Moulines (2011) en el ámbito de la Filosofía de la Ciencias (ya consolidada) que se extendería hasta 1970: la Fase “Clásica”. En este sentido, lo que se observa es una cierta continuidad temática con la fase anterior aunque con una postura más serena y autocrítica. No habría una corriente específica dominante sino más bien una suerte de “familia” de posturas empiristas. Lo que se destaca en todo caso sería, como ya se observó en el campo de la Arqueología, una marcada preocupación por el método científico, donde el surgimiento del método hipotético-deductivo, la contrastación experimental (Hempel, 1972) y los elementos del racionalismo crítico (Popper, 1988) ofrecerían una respuesta a esa problemática.

Las fases “historicista” y “modelista” de la FC: Un momento de críticas, replanteos, renacimiento y revigorización de “viejos conocidos”. Su importancia para la Arqueología Postprocesual

Paralelamente al contexto previamente descrito, Moulines (2011) indica que en la década de 1960-1970 surgirían, casi en forma prácticamente superpuesta, otras dos fases en el ámbito de la FC: la “historicista” (1960-1985) y la “modelista” (desde 1970 en adelante). La primera presentaría tendencias marcadamente diacrónicas en el análisis de la ciencia; habiendo así un fuerte impulso de la historia de la ciencia para dar con una filosofía más real de la ciencia. Se buscaría abandonar los métodos de análisis formal de las teorías y aparecerían nuevas unidades de análisis como los paradigmas. Por otro lado, el modelismo privilegiaría la noción de modelo frente a la idea de proposición. Los modelos serán entendidos como representaciones parciales de un sector de la realidad y constitutivos del conocimiento científico. Estos modelos serían instrumentos que permiten orientarnos en el mundo, descreyendo que el conocimiento científico refleje la naturaleza tal como es. Por consiguiente, los modelistas coincidían con los historicistas en que puede haber muchos métodos en ciencias o distintas maneras de hacer ciencia (Moulines, 2011). Nuevamente, en ambos casos, no puede hablarse de una corriente pensamiento dominante, sino de un grupo posturas sumamente críticas en torno a cómo se construía y legitimaba

en conocimiento científico en las fases anteriores (Feyerabend, 1987, 2013; Kuhn, 1989, entre otros). Gracias a este movimiento crítico surgirían posturas que se preocuparían por recuperar para las ciencias sociales la cuestión del sentido de la realidad social. En este sentido, el regreso de, por ejemplo, la hermenéutica (Gadamer, 1991; Ricoeur, 1988, 1995), entendida como teoría de la interpretación aplicada fundamentalmente a los textos, la renovación del estudio de los pensadores clásicos y la revalorización de las metodologías cualitativas de investigación empírica, contribuyeron a diseñar un nuevo escenario para la filosofía de las Ciencias Sociales y a resaltar el carácter distintivo de estas ciencias frente a las naturales (Lulo, 2002). La hermenéutica de las Ciencias Sociales destacaba el carácter simbólico de la vida humana y el hecho de que los seres humanos, en su vida cotidiana, se auto-interpretaban, y que los contenidos de esta auto-interpretación eran lo que realmente debía interesar a las ciencias sociales. Los científicos deberían entonces, además de formular teorías explicativas y efectuar observaciones desde una impasible neutralidad valorativa, tratar con un universo simbólico que se ofrece a la interpretación y que reclama un esfuerzo dialógico: el científico social-intérprete es interpelado no por una realidad “externa” sino por alguien semejante a él, y lo que en definitiva interesa es lo que dice esa “realidad social” ya sea como texto, como práctica o, simplemente, como palabra hablada (Lulo, 2002). Estos postulados también tendrían su impacto en la Arqueología. En efecto, a inicios de la década de 1980 nacería una corriente teórica fuertemente crítica conocida como Arqueología Postprocesual; estando Hodder (1982a y b, 1984, 1985), Shanks y Tilley (1989), entre sus principales exponentes (Hernando Gonzalo, 1992).

Arqueología Postprocesual: sus principales principios y paradojas

La postura Postprocesual se caracteriza, a grandes rasgos, por su fuerte oposición a los principios epistemológicos de la Arqueología Procesual y tradicional (EHC). En efecto, los arqueólogos afines con esta gran corriente descalifican el proyecto científico de las corrientes anteriores como el soporte adecuado de la disciplina (Hernando Gonzalo, 1992). Ahora bien, cabe señalar brevemente que dentro del postprocesualismo es posible encontrar variadas líneas de fuerza (o líneas, a menudo convergentes, de un mismo pensamiento derivado de la combinación de la hermenéutica y estructuralismo) como la Arqueología Contextual (también conocida como Arqueología Simbólica o estructuralismo simbólico a raíz de haber sido, durante un tiempo, la más importante aplicación en Arqueología de la tradición estructuralista levi-straussiana), feminista, no-académica, del Tercer Mundo, etc.; las cuales ya no intentan conocer la realidad (dado que consideran que tal objetivo es fútil) sino ofrecer visiones particulares del pasado desde las circunstancias particulares de cada arqueólogo y su proyección al pasado de las mismas (Hernando Gonzalo, 1992). Sobre esta base, dado que un abordaje detallado de las particularidades cada una de estas líneas excedería los límites de este trabajo continuaremos abordando al postprocesualismo desde una perspectiva general.

La Arqueología Postprocesual, de acuerdo a lo previamente señalado, haría un fuerte énfasis en la consideración de la cultura material (presente o pretérita) como un texto. Con esto, la materialidad cultural pasaba a ser un medio de comunicación simbólico (que transmite y alberga significados) que interviene en la creación de la realidad social en la que los individuos desempeñan sus tareas cotidianas. Esto implica la existencia de un conjunto estructurado de diferencias que los individuos “leen” y “reescriben” continuamente; un sistema de significantes con significado que debe ser leído o interpretado (Hodder, 1982a y b, 1984, 1985, 1988; Shanks y Tilley, 1989; Hernando Gonzalo, 1992; Lull y Micó, 2001). Por consiguiente, para los postprocesuales no existiría un único significado en cada objeto, sino una multiplicidad variable de significados. Al mismo tiempo, estos objetos (cargados de significación) participarían

en el mantenimiento o subversión de las relaciones de poder y representaciones ideológicas que atraviesan toda la vida social. Por lo tanto, el análisis arqueológico debía (para los postprocesuales) ir más allá de la reducción a términos funcionales, adaptacionistas o utilitaristas (de la Arqueología Procesual); como también de la mera suma de marcadores temporales y estilísticos (arqueología tradicional-EHC) (Hodder, 1985, 1988; Shanks y Tilley, 1989; Hernando Gonzalo, 1992; Lull y Micó, 2001).

Tal y como ya se había adelantado, se observa que para este enfoque no existe un pasado real salvaguardado fragmentariamente en la materialidad del registro arqueológico, dado que el pasado ya no existe; creándose así una distancia infranqueable con nuestro presente. La realidad al ser construida de manera continua mediante la acción de individuos y grupos, nunca podrá ser “objetiva”. Sería, en todo caso, una realidad “plural”, “fugaz”, “cambiante”, “polifacética” y “heterogénea” (Hernando Gonzalo, 1992, Lull y Micó, 2001). Lo que se implica con este enunciado es que las hipótesis científicas elaboradas hasta ese momento y su eventual aceptación como verdades, dependían del acuerdo de la comunidad de expertos en función de elementos extra-científicos, es decir, la ideología y la política (cuestiones que también estaban siendo señaladas por Feyerabend en 1987 desde la FC). Por consiguiente, los arqueólogos postprocesuales sostienen que la arqueología no es una actividad que busca leer los signos del pasado para descifrar lo que realmente significaron; sino un proceso en el que los signos son escritos y, por tanto, significados en el presente (Hernando Gonzalo, 1992; Lull y Micó, 2001).

Este cuestionamiento a la neutralidad científica llevó a los postprocesuales a considerar al enfoque hermenéutico como el único apropiado para la Arqueología. Este enfoque, que deshacía la supuesta división entre sujeto y objeto, permitía proponer relatos capaces de expresar la diversidad de las situaciones, actitudes y experiencias actuales respecto al “pasado” (Lull y Micó, 2001). Como esto último conduciría a un “océano” de libertades interpretativas respecto del registro arqueológico, los mismos postprocesuales reconocieron la necesidad de disponer de ciertos mecanismos de control para la producción del conocimiento científico. El alcance y naturaleza de las interpretaciones dependería de: a) los datos disponibles aludiendo al ajuste con los datos empíricos disponibles y a las “redes de resistencia” que ofrecen los mismos (cuanto más datos haya, se podrá identificar un mayor número de relaciones y por tanto lograr una interpretación más correcta del significado); b) de la imaginación histórica mediada por los conocimientos personales y comprensión del presente y estimulada por analogías (etnográficas/etnoarqueológicas); c) de la “agudeza” propia del investigador; y d) la coherencia interna de las argumentaciones (Lull y Micó, 2001).

Paradójicamente, el énfasis en la imaginación histórica para la reconstrucción de las estructuras simbólicas acabaría acercando a los postprocesuales con las arqueologías tradicionales; mientras que los criterios para decidir las interpretaciones correctas de las incorrectas terminarían en sintonía con la evaluación procesual entre teorías contrapuestas. De hecho, Hodder termina defendiendo el objetivismo y la autoridad de la verdad; situando a su proyecto en el ala conservadora de la tendencia posmoderna en Arqueología (Lull y Micó, 2001). Él mismo y otros arqueólogos se posicionarían en la línea de la hermenéutica clásica de Gadamer (1991), retomando la necesidad del requisito de congruencia en las interpretaciones (Lull y Micó, 2001). La coherencia interna de las argumentaciones sería el criterio que permitiría aceptar unas interpretaciones y desechar otras. De ahí que un texto coherente será aquel que tenga sentido en el mundo del arqueólogo. O sea, se deja al sentido común separar lo aceptable de lo no aceptable (Hodder, 1988; Lull y Micó, 2001), generando así una nueva contradicción al aceptarse la hegemonía del discurso del sentido común formado por enunciados de control social que favorecen intereses dominantes. Además el ajuste a los datos empíricos disponibles o redes de resistencia invita al restablecimiento de la autonomía del objeto respecto al sujeto. Esto generaría limitaciones a la propuesta

postprocesual de una arqueología plural. Además estas contradicciones, producto de la radicalidad inicial de los planteamientos postprocesuales, llevaron a que no se concretara la separación total con las otras arqueologías (Lull y Micó, 2001).

Más aún, lo anteriormente descrito puede verse plasmado en la última corriente teórica abanderada por Hodder: La arqueología interpretativa (Hodder, 1991) la cual pretende, justamente, superar las carencias demostradas tanto por la arqueología procesual como por la postprocesual. Las mismas consistirían, fundamentalmente, en la falta de sensibilidad para la interpretación de los significados históricos internos y específicos, y a la despreocupación por el contexto social e ideológico del arqueólogo. Según Hodder, la anterior (y más radical) arqueología post-procesual estaba en realidad argumentando sobre el presente, no sobre el pasado, y que críticas realizadas a las demás alternativas venían unidas a una muy escasa autocrítica. Consecuentemente, Hodder propone un nuevo modelo que incorpore los logros obtenidos por otras tendencias basándose en tres premisas fundamentales:

i) reconocer la existencia de cierta objetividad del pasado (es decir que los “datos” se forman en una relación dialéctica) y que la misma es la única vía para que grupos no académicos o institucionales de arqueólogos puedan desarrollar (con posibilidades competitivas reales) hipótesis alternativas de explicación. Esto también deriva en un interés técnico o instrumental que se corresponde con lo que los arqueólogos identifican como “ciencia” en la arqueología procesual, ecológico, evolucionista, positivista, etc.

ii) comprender al “Otro” en sus propios términos, para lo que parece imprescindible un componente hermenéutico en la interpretación a fin de dotar al pasado de una “escala humana” que logre salir del encierro de una ciencia o teoría distante y abstracta. De esta manera, la interpretación trae el pasado a debate público (Hodder, 1991; Hernando Gonzalo, 1992).

iii) incorporar la auto-crítica y el diálogo con otras posiciones, para lo cual la Teoría Crítica reclamada por Shanks y Tilley puede ser de gran utilidad (Hodder, 1991; Hernando Gonzalo, 1992).

Lo planteado hasta aquí tiene su correlato hoy en día con la posición que adoptan los postprocesuales. Estos no cuestionan el uso de las herramientas técnicas-analíticas de otras disciplinas (incluidas las ciencias naturales) para obtener información de los objetos arqueológicos, dado que los mismos permiten, en todo caso, aportar más datos que sirvan al proceso de interpretación del registro (el texto). Al mismo tiempo, muy pocos arqueólogos tradicionales o procesuales defenderían que sus investigaciones aspiran a una verdad permanente, aunque sí apuntan a alcanzar verdades parciales entendidas como modelos contrastados. Los postprocesuales llaman a esto mismo hoy “interpretaciones exitosas” (Lull y Micó, 2001).

Consecuentemente, puede decirse que las posturas críticas postprocesuales para con otras corrientes teóricas contemporáneas (especialmente con los procesuales) contribuyeron, en última instancia, a que se reconsiderara del componente social, histórico y subjetivo latente en la materialidad cultural estudiada. Esto sin dejar de lado los aportes de las otras corrientes como por ejemplo las incorporaciones y adaptaciones de criterios analíticos, originarios de las Ciencias de la Naturaleza, como herramientas auxiliares para la reconstrucción del pasado humano materializado en el registro arqueológico.

El estado general de la arqueología y sus sub-ramas desde la década desde 1970/ 1990 en adelante: El auge de la inter multi y transdisciplinaridad

El contexto previamente descrito, sumado a una mayor sofisticación y disponibilidad de los sistemas informáticos y tecnológicos, también contribuyó a que, por un lado, estudios experimentales y arqueométricos adquirieran un nuevo e ininterrumpido impulso (Montero Ruiz et al., 2007). A su vez,

otras sub-ramas de la Arqueología finalizarían su consolidación y/o maduración desde los años 1970 y 1990 en adelante aunque no por ello permanecerían exentas (incluso a día de hoy) a fuertes debates teórico-epistemológicos. Es posible encontrar un ejemplo de esto en la denominada Arqueología Marxista, la cual bebe del materialismo dialéctico propuesto originalmente por Marx y Engels (Marx, 1867/1980; Marx y Engels, 1974; Engels, 1964, 1969, 1981) en el siglo XIX (Hernando Gonzalo, 1992). Concretamente, el principal rasgo del materialismo dialéctico radica, como su propio nombre indica, en el carácter conflictivo y dialéctico que se atribuye a los procesos históricos; y que cuyas transformaciones se producen, por tanto, como resultado de las contradicciones aparecidas entre los dos niveles estructurales que constituyen la formación social: la infraestructura y la superestructura. Los arqueólogos comprendidos dentro de lo que se entiende como Arqueología Marxista buscarían, efectivamente, aplicar estos principios del materialismo dialéctico a la Arqueología poniendo un especial acento en el análisis de jerarquías socio-políticas, tensiones entre clases, relaciones de poder, etc. (Hernando Gonzalo, 1992). No obstante, esto mismo la ha vuelto susceptible a fuertes críticas ante lo que, desde otras tendencias, se considera una extrapolación de los conflictos que caracterizan a la sociedad capitalista a otras donde no existe economía de mercado; inclusive cuando diversos autores (como Tilley, 1984) han propuesto sustituir tales conceptos por otros más flexibles (como “grupos de interés” en lugar de “clase social”). A su vez, cabe señalar la existencia de distintos matices dentro de este tipo concreto de Arqueología, en los que se destacan: i) aquellos representantes de la Arqueología occidental que pueden seguir tendencias más ortodoxas (como Carandini, 1984) o lo suficientemente flexibles para poder calificarles de neo-marxistas (Kristiansen, 1984); y ii) el caso de la Arqueología latinoamericana en la cual se desarrolló, a partir de 1970, una aplicación de los principios marxistas al estudio de la Arqueología denominada “Arqueología social latinoamericana” (Lumbreras, 1984, 1990, 2006; Bate, 1998; Rolland Calvo, 2005; entre muchos otros). Esta última es, ciertamente, una tendencia singular tanto por los problemas que plantea, sino también por el compromiso social que su opción puede implicar, dadas las particulares circunstancias sociales de aquella realidad (Hernando Gonzalo, 1992). En efecto, Hernando Gonzalo (1992) explica que el mundo latinoamericano presenta características especiales donde, si bien existen diferencias entre los diversos países que la comprenden) existe una importante cantidad población originaria sin acceso al poder y que cuyos antepasados construyeron los monumentos y estructuras que ahora constituyen buena parte del objeto de estudio del arqueólogo; lo cual facilita, y con frecuencia, que se desencadenen especiales condiciones de conflicto que afectan incluso a la propia labor del investigador al punto de poder convertirlo en instrumento real de lucha social. Si bien el desempeño de éste tipo de arqueología se vio afectado durante el período que duro el contexto “Guerra Fría”, el mismo logró sobrevivir; convirtiéndose así, según Alcina (1989) y Hernando Gonzalo (1992) una línea de investigación que destaca por su potencial renovador para países que han sido dominados bien por una Arqueología tradicional con bases en la EHC, o por una fuerte influencia de la Nueva Arqueología americana (Hernando Gonzalo, 1992).

Otro caso que vale destacarse aquí también es el de la Arqueología Histórica (ya consolidada como tal para la década 1990) y su necesidad de definir su alineación con la Historia o con la Arqueología serían un ejemplo de ello (Landa y Ciarlo, 2016). De aquí acabarían surgiendo 3 líneas de investigación: 1) La AH subsumida dentro de la disciplina histórica.; 2) La AH bajo la égida de la disciplina arqueológica (defendida por los procesuales que minimizaban su nexa con la Historia por su carácter subjetivista y particularista); y 3) La AH como una especialidad consciente de su fuerte impronta inter y multidisciplinar (producto del contacto con diversas disciplinas científicas como la Historia, Antropología, Filosofía, Geografía, Biología, Ecología, Química, Ciencia de Materiales, entre otras) la cual no implica una subordinación obligatoria a una rama específica (Binford, 1983c; Landa y Ciarlo, 2016; Ferro, 2020).

Esta última línea es, si se quiere, la más interesante y prometedora, ya que parte de la premisa de que los arqueólogos pueden relacionarse y trabajar mancomunados con los investigadores de otras disciplinas en torno a objetivos comunes. Las formas en que se realiza esta integración son variables. Dependiendo de las maneras en que los distintos investigadores (así como sus lenguajes y bagajes de saberes particulares) interactúan, cooperan y articulan e integran pueden llegar a constituirse equipos interdisciplinarios (Landa y Ciarlo, 2016), multidisciplinarios e inclusive transdisciplinarios; los cuales, cabe recordar, han crecido en los últimos años a un ritmo acelerado. De aquí es posible hacer mención a numerosos ejemplos de los más diversos: trabajos arqueométricos que involucran análisis de materiales óseos, cerámicos, metalúrgicos, vítreos, fitolíticos, etc.; como también (e inclusive en conjunción con las previamente mencionadas) investigaciones centradas en el estudio de aspectos relacionados con la arquitectura, el arte, la historia, la antropología, lo social, entre otras. Lo central aquí es que, efectivamente, en éstos y otros casos queda expresada la potencialidad y necesidad de continuar y profundizar contacto fluido e enriquecedor entre distintos campos disciplinares y la labor arqueológica (Mañana-Borrazás, Blanco Rotea y Ayán Vila, 2002; Politis, 2002; González, 2004; Funari y Zarankin, 2004; Congram y Palomo, 2006; Landa, 2006; Ruiz *et al.*, 2006; Montero Ruiz *et al.*, 2007; De La Fuente y Pérez Martínez, 2008; Rehren y Pernicka, 2008; Ciarlo y De Rosa, 2009; Rocchietti, 2009; Artioli, 2010; Baldini y González Pérez, 2012; González, 2004, 2012; Loli y Juárez, 2016; De Juan Ares y Schibille, 2017; Rizzo, Cardozo y Tapia, 2016; Rocchietti y De Grandis, 2016; Carosio y Martínez, 2019; Ferrino, 2019; Florez Ortiz, 2019; Rosales, Gamarra y Gayoso, 2019; De los Milagros Colobig, Figueroa y Dantas, 2020; Cornero, 2020; Pérez, 2020; Gamas, 2020; Spengler y Ratto, 2020; Lambri *et al.* 2021; Hernández y Patiño Castaño, 2021; Volpe, 2021; Lambri *et al.* 2022; Ruiz Gordillo, 2022; Taddei, 2022; Villa, 2022; entre otros).

Así mismo, y siguiendo a Hernando Gonzalo (1992), esto puede verse acompañado por un conjunto de posturas más eclécticas, las cuales comparten, también, un reconocimiento del peso de la ideología en la elaboración del pasado y la importancia del registro arqueológico como único referente objetivo de las propuestas para su reconstrucción (Hernando Gonzalo, 1992).

Llegados a este punto, y en base a lo hasta aquí tratado, se podría representar esquemáticamente la historia epistemológica de la Arqueología de la siguiente figura (Figura 3):

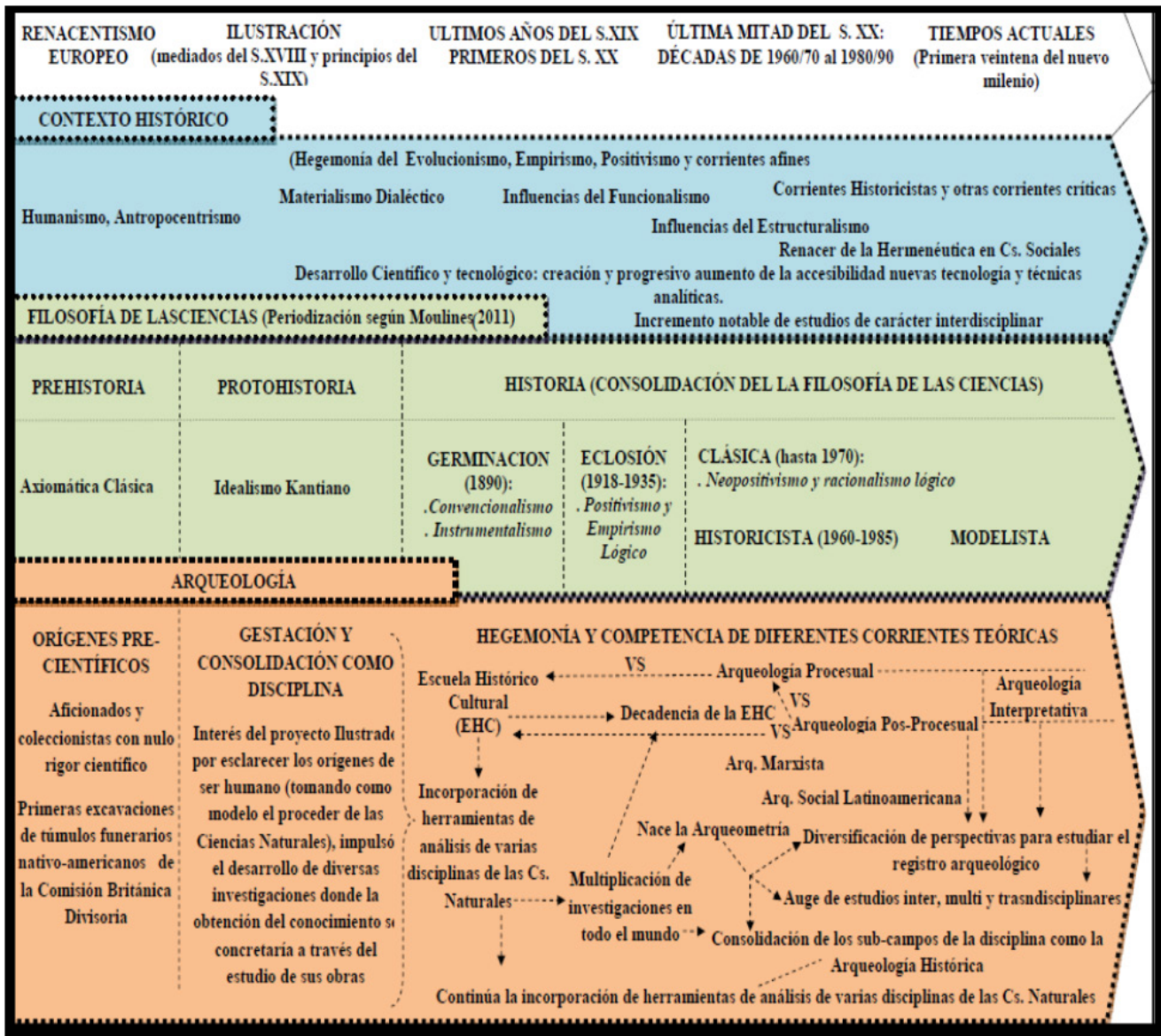


Figura 3. Historia epistemológica de la Arqueología en correlación con los distintos movimientos intelectuales de la Filosofía de las Ciencias.

Los desafíos aún pendientes y la necesidad de seguir construyendo puentes de comunicación entre disciplinas

El recorrido realizado hasta aquí pone de manifiesto, evidentemente, la capacidad de la Arqueología y sus sub-ramas de poder implementar una gran diversidad de herramientas de otras áreas de conocimiento para resolver las interrogantes de su campo. Prescindir de ellas hoy en día implica obtener un

caudal de datos muy limitado. Por su puesto, esto último no está libre de ciertas dificultades vinculadas sobre todo a la comunicación y las formas de integración de los criterios teórico-prácticos de análisis utilizados por investigadores pertenecientes a diferentes campos los cuales se irán acentuando cuanto más diferentes sea la formación científica de cada integrante del equipo. Esta situación queda expresada no sólo cuando la Arqueología trabaja con elementos de otras ramas de las Ciencias del Hombre (como ya se ha visto páginas más arriba) sino también, y de forma especialmente evidente, a la hora trabajar en conjunto con profesionales provenientes de las distintas ramas de las Ciencias Naturales. Es éste último caso donde las dificultades en la cooperación y entendimiento mutuo a la hora de utilizar, procesar, integrar e interpretar la data obtenida de las técnicas analíticas (y especialmente las de alta complejidad) son más notorias. Este escenario es, en efecto, difícil de superar a no ser que el arqueólogo reciba un entrenamiento previo en el manejo de dichas herramientas y/o se desempeñe en un espacio (laboratorio o museo) donde conviva con especialistas de las otras ciencias pudiendo así tener acceso al equipamiento y a una comunicación continua con los mismos. Por otro lado, los científicos de las Ciencias Exactas y Naturales necesitan publicar en revistas de alto “impacto” de su propio campo (para mantener cierto nivel de prestigio). Esto los lleva a evitar publicar sus resultados en revistas de menor impacto como las humanísticas (Montero Ruiz et al., 2007). Es aquí donde la Arqueometría en conjunción sus hermanas (la Arqueología Histórica por ejemplo entre otras) vuelven a tomar una gran relevancia para solucionar estas dificultades, al ser el sub-campo de una ciencia humanística que históricamente ha sabido mantener un vínculo con las Ciencias Exactas y Naturales, al mismo tiempo que se mantiene en constante contacto con distintas ramas de las Ciencias Humanas (y la diversidad de herramientas teórico prácticas que cada una aporta), para resolver interrogantes referentes a la reconstrucción del pasado humano a partir de la materialidad del sitio arqueológico. Entre las medidas que pueden implementarse y profundizarse para superar las dificultades previamente aludidas se encuentran:

- a) Fomentar la creación de laboratorios y equipos inter y multidisciplinares que faciliten la comunicación y el intercambio dinámico en los científicos de las diversas ramas disciplinares involucradas.
- b) Creación de cátedras que favorezcan una formación técnica que permita a los arqueólogos desarrollar diversos estudios experimentales sobre diferentes tipos de materiales e interpretar la data obtenida (Montero Ruiz et al., 2007).
- c) La creación de una mayor cantidad de revistas arqueométricas, las cuales (por la naturaleza de los estudios que desarrollan) gozan académicamente de un factor de impacto medio a alto, el cual es atractivo para científicos humanistas y de las ramas físicas-naturales.

Discusión y consideraciones finales

El recorrido realizado en este trabajo ha mostrado que, ciertamente, la Arqueología se construyó en base a una diversidad de criterios epistemológicos que resultaron necesarios para poder alcanzar su madurez científica e investigar, por consiguiente, la materialidad cultural de sociedades pasadas de una forma adecuada. Es evidente que cada corriente de pensamiento aquí tratada trajo sus respectivos aportes en este largo proceso. A su vez, dada la particularidad del objeto de estudio de la ciencia arqueológica, se pudo observar, ya desde etapas muy tempranas de su historia disciplinar, la viabilidad de su comunicación con otras disciplinas (especialmente Ciencias Exactas y Naturales). Gracias a ello fue capaz de incorporar herramientas muy valiosas para poder reconstruir de la forma más verídica posible el pasado humano. Esto mismo contribuyó a un incremento notable de los trabajos inter y multidisciplinares, que ciertamente habilita a pensar a que la Arqueología y sus sub-ramas (como la Arqueología Histórica y fun-

damentalmente la Arqueometría) sí pueden pensarse como campos que permiten comunicar dos áreas del conocimiento aparentemente distantes como las Ciencias Sociales y Humanidades y las Ciencias Exactas y Naturales. Esto mismo queda expresado a través de la colaboración activa entre los investigadores de cada rama. En todo caso, lo que aún queda como tarea pendiente es seguir desarrollando más mecanismos que faciliten esta comunicación: creación de cátedras de formación técnica para los arqueólogos, creación de instituciones, laboratorios, equipos multidisciplinares y revistas que faciliten espacios de encuentro e intercambio entre investigadores de diferentes disciplinas, etc.

Agradecimientos

A la Dra. Aurelia Di Bernardino cuyo Seminario de Posgrado y comentarios contribuyeron al desarrollo de las bases de este trabajo.

Referencias bibliográficas

- Alcina Franch, J. (1989). *Arqueología antropológica*. Madrid, España: Ediciones Akal.
- Artioli, G. (2010). *Scientific methods and cultural heritage. An Introduction to the application of materials science to archaeometry and conservation science*. Oxford, United Kingdom: Oxford University Press.
- Ascher, R. (1961). Experimental Archaeology. *American Anthropologist* 63(4). 793-816.
- Baldini, M. y C. González Pérez, C. (2012) Exploración interdisciplinaria de los diseños Aguada Portezuelo desde la semiótica de la imagen material visual. En *Actas del 10º Congreso Internacional de Semiótica Visual*. Recuperado de: http://naturalis.fcnym.unlp.edu.ar/repositorio/_documentos/sipcyt/bfa004065.pdf. Último Acceso: 07/07/2021.
- Barragüé Calvo, B. (2012). Liberalismo económico y darwinismo social. Sobre la figura de Herbert Spencer. *Astrolabio: revista internacional de filosofía* 13. 47-54. Recuperado de: <https://raco.cat/index.php/Astrolabio/article/view/256202>. Último Acceso: 07/08/2021.
- Bate, L. (1998). *El proceso de investigación en arqueología*. Barcelona, España: Ed. Crítica.
- Binford, L. R. (1977). General Introduction. En Binford L.R. (ed.) *For Theory Building in Archaeology* (pp. 1-10), New York, United States: Academic Press.
- Binford, L. R. (1978). *Nunamiut ethnoarchaeology*. New York, United States: Academic Press.
- Binford, L. R. (1981). *Bones: Ancient men and modern myths*. New York, United States: Academic Press.
- Binford, L. R. (1983a). Objectivity-Explanation-Archaeology-1981. *Working at archaeology*, New York Academic Press. 45-55.
- Binford, L. R. (1983b). Middle-range Research and the Role of Actualistic Studies. *Working at archaeology*, New York Academic Press. 411-422.
- Binford, L. (1983c). Historical Archaeology: Is Historical or Archaeological? *Working at Archaeology*. New York Academic Press. 169-179.

- Binford, L. R. (1988). *En busca del pasado*. Barcelona: Crítica.
- Carandini, A. (1984). *Arqueología y cultura material*. Barcelona, España: Mitre.
- Carbonelli, J. P. (2011). La interpretación en Arqueología, pasos hacia la hermenéutica del registro. *Prometeica* 5. 5-17.
- Carosio, S., y Martínez, A. (2019). Arcillas, arenas y cerámicas. Exploraciones arqueométricas para el estudio de las prácticas alfareras del noroeste argentino prehispánico. *Revista Chakiñan de Ciencias Sociales y Humanidades* (8). 65-87.
- Ciarlo, N, y De Rosa, H. M. (2009). Estudio de caracterización de un conjunto de cucharas del naufragio de la corbeta británica HMS SWIFT (1770), Puerto Deseado (Provincia de Santa Cruz). En Palacios, O. M., Vázquez, C., Palacios, T. y Cabanillas, E. (eds.), *Arqueometría Latinoamericana. Segundo Congreso Argentino. Primero Latinoamericano. Volumen 1*. (pp. 270-279). Buenos Aires: Comisión Nacional de Energía Atómica.
- Childe, V. (2006). *Los orígenes de la civilización*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Childe, V. (1958). *Reconstruyendo el pasado. Problemas científicos y filosóficos*, México: Universidad Autónoma de México.
- Congram, D., y Palomo, A. F. (2006). Introducción a la antropología y arqueología forense. *Cuadernos de antropología: Revista Digital del Laboratorio de Etnología "María Eugenia Bozzoli Vargas" 16(1)*. 47-57.
- Cornero, S. (2020). Acerca de la figura humana en la transformación simbólica: Diseños en la cerámica arqueológica del Paraná Medio. *ANTI, Revista del Centro de Investigaciones Precolombinas 17(2)*. 12-35.
- Darwin, C. (1859). *El Origen de las Especies*. Buenos Aires, Argentina: Alfa Epsilon.
- De Juan Ares, J. y Schibille, N. (2017). La Hispania antigua y medieval a través del vidrio: La aportación de la arqueometría. *Boletín de la Sociedad Española de Cerámica y vidrio 56 (5)*. 195-204.
- De La Fuente, G. A., y Pérez Martínez, J. M. (2008). Estudiando pinturas en cerámicas arqueológicas» Aguada Portezuelo»(ca. 600-900 AD) del Noroeste Argentino: nuevos aportes a través de una aproximación arqueométrica por microespectroscopía de Ramán (MSR). *Intersecciones en antropología* (9). 173-186.
- De los Milagros Colobig, M., Figueroa, G., y Dantas, M. (2020). Primera aproximación a los microrrestos vegetales presentes en artefactos cerámicos y líticos de los sitios LRV11 y EP1, Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. *Anuario de Arqueología 12(12)*. 95-108.
- Di Berardino, M. A., y Vidal, A.(2017). *Filosofía de las Ciencias. Hacia los cálidos valles de la epistemología*. La Plata, Argentina: Edulp. Colección Libros de Cátedra.
- Engels, F. (1877/1964). *Anti-Düring*. México: Grijalbo.
- Engels, F. (1886/1969). *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Madrid: Ricardo

Aguilera.

- Engels, F. (1925/1981). *Introducción a la dialéctica de la naturaleza*. Madrid: Ayuso.
- Ferrino, N. (2019). Evolución edilicia de la Plaza de Mayo de la Ciudad de Buenos Aires (1580-1853). *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana* 9(1). 225-236. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.v9i0.34>.
- Ferro, M. V. E. (2013). Final de juego: Una posibilidad de superación epistemológica en la Arqueología Procesual. *Cultura en Red* 1. 55-66.
- Ferro, M. V. E. (2020). Problemas de la arqueología histórica: el debate de la conformación disciplinar. *ANTI Revista del Centro de Investigaciones Precolombinas* 17(2). 109-130.
- Feyerabend, P. (1986). *Tratado contra el método. Esquemas de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid, España: Tecnos.
- Feyerabend, P. (1987). *Adiós a la razón*. Buenos Aires, Argentina: Rei Editorial.
- Feyerabend, P. (2013). *Filosofía natural: Una historia de nuestras ideas sobre la naturaleza*. Barcelona, España: Debate.
- Florez Ortiz, R. (2019). Fundamentos de arqueosemiótica. *Cuiculco. Revista de Ciencias Antropológicas* 26(76). 175-192.
- Funari, P. P. A., y Zarankin, A. (2004). Arqueología histórica en América del Sur: los desafíos del siglo XXI. *Funari, PP y Zarankin A (comps.). Arqueología Histórica en América del Sur; Los desafíos del siglo XXI*. (pp. 05-11). Recuperado de https://www.academia.edu/download/36316579/Arqueologia_Historica_en_America_del_Sur.pdf#page=127. Último acceso: 07/08/2021.
- Gadamer, H-G. (1991). *Verdad y Método. Fundamentos de una filosofía hermenéutica*. Salamanca: Sígueme.
- Gamas, A. (2020). El agua como nexos entre la arqueología y la arquitectura: *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana* 7(1). 57-69. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.vi7.45>.
- González, L. R. (2004). *Bronces sin nombre. La metalurgia prehispánica en el Noroeste Argentino*. Buenos Aires, Argentina: Fundación CEPPA.
- González, C. G. H. (2012). Los muiscas en los siglos XVI y XVII: miradas desde la arqueología, la antropología y la historia. *Fronteras de la Historia* 17(2). 240-245.
- Hernando Gonzalo, A. (1992). Enfoques teóricos en arqueología. *SPAL* 1. 11-35.
- Hernández, M. C., y Patiño Castaño, D. (2021). Arqueología histórica de una urbe colonial, Popayán, Colombia. *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana* 2(1). 9-23. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.vi2.100>.
- Hempel, C. G. (1972). *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid, España: Alianza Editorial.
- Hempel, C. G. (1979). *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Hodder, I. 1982a. *Symbols in Action: Ethnoarchaeological Studies of Material Culture*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Hodder, I. ed. 1982b. *Symbolic and Structural Archaeology*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Hodder, I. (1984). Archaeology in 1984. *Antiquity* 58. 25-32.
- Hodder, I. (1985). Postprocessual archaeology. *Advances in archaeological method and theory* (pp. 1-26). Academic Press.
- Hodder, I. (1988). Material Culture Texts and Social Change: A Theoretical Discussion and some Archaeological Examples. *Proceedings of the Prehistoric Society* 54. 67-75. DOI: 10.1017/S0079497X00005764.
- Hodder, I. (1991). Interpretative archaeology and its role. *American Antiquity*, 56(1), 7-18.
- Kant, I. (2007). *Crítica de la Razón Pura*. Buenos Aires, Argentina: Colihue.
- Kant, I. (2020). *Crítica de la razón práctica* (Vol. 1). Madrid, España: Editorial Verbum.
- Kristiansen, K. (1984). Ideology and material culture: an archaeological perspective), En Spriggs, M. (ed.) *Marxist perspectives in archaeology* (pp.72-100). London: Cambridge University Press.
- Kuhn, T. S. (1989). *¿Qué son las revoluciones científicas? Y otros ensayos*. Barcelona, España: Paidós.
- Lambri, M.L., Lambri, O.A., Bonifacich, F.G., Zelada, G.I., Rocchietti, A.M. (2021). Determining the temperatures to which the bone was heated in archaeological contexts. Distinguishing between boiled and grilled bones. *Journal of Archaeological Science: Reports* 37. 102954. Netherlands: Elsevier. DOI: 10.1016/j.jasrep.2021.102954. ISSN: 2352-409X.
- Lambri, M. L. L., Weidenfeller, L. W., AgustínLambri, O. A. L., Weidenfeller, B. W., Bonifacih, F. G. B., Zelada, G. I. Z., y Rocchietti, A. M. R. (2022). Determinación de los materiales utilizados y métodos de fabricación de un saxofón “Weltklang” manufacturado en Alemania Oriental en 1960 mediante técnicas arqueométricas. *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana* 14(1). 155 - 169. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.v14i1.151>.
- Landa, C. (2006). Fierros viejos y fieros soldados. Arqueometalurgia de materiales provenientes de un asentamiento militar a fines del siglo XIX. *Tesis de Licenciatura*. Buenos Aires, Argentina: Repositorio Dspace5 FILO Digital, Repositorio Institucional -Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Landa, C. G., y Ciarlo, N. C. (2016). Arqueología histórica: especificidades del campo y problemáticas de estudio en Argentina. *QueHaceres* 3. 96-120.
- Loli, J. A., y Juárez, M. G. (2016). Arqueología, arquitectura y arte en Caqui, provincia de Huaral, Lima. *Devenir-Revista de estudios sobre patrimonio edificado* 3(6). 143-162.
- Lulo, J.(2002).La vía hermenéutica: las ciencias sociales entre la epistemología y la ontología. En F. Schuster (ed.), *Filosofía y métodos de las ciencias sociales*, (pp. 128-145). Buenos Aires, Argen-

tina: Manantial.

- Lull, V., Micó, R. (1997). Teoría Arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales. *Revista d'Arqueologia de Ponent* 7. 107-128.
- Lull, V., y Micó, R. (1998). Teoría Arqueológica II. La arqueología procesual. *Revista d'Arqueologia de Ponent* 8. 61-78.
- Lull, V., y Micó, R. (2001). Teoría Arqueológica III. Las primeras arqueologías posprocesuales. *Revista d'Arqueologia de Ponent* 11. 21-41.
- Lumbreras, L. (1984). *La Arqueología como ciencia social*. La Habana, Cuba: Colección Investigaciones Casa de las Américas.
- Lumbreras, L. G. (1990). La arqueología sudamericana, tres décadas. *Revista española de antropología americana* (20). 57-66.
- Lumbreras, L. G. (2006), "Arqueología Social Latinoamericana", en Austral, A. y M. Tamagnini (comps.), *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea. Publicación del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Tomo I*. Río Cuarto, Argentina: Universidad Nacional de Río Cuarto. 47-55.
- Malinowski, B. A. (2002). *Scientific Theory of Culture. And Other Essays*. London and New York, United States: Routledge.
- Mañana-Borrazás, P.; Blanco Rotea, R. y Ayán Vila, X. M. (2002). *Arqueotectura I: bases teórico-metodológicas para una Arqueología de la Arquitectura*, TAPA. Trabajos de Arqueología e Patrimonio, 25, Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe, Santiago de Compostela.
- Marx, K. (1867/1980). *El Capital*. Tomo I. La Habana: Ciencias Sociales.
- Marx, K. y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- Montero Ruiz, I., García Heras, M., y López-Romero, E. (2007). Arqueometría: cambios y tendencias actuales. *Trabajos de Prehistoria* 64(1). 23-40, ISSN: 0082-5638.
- Morgan, L. H. (1987). *La sociedad primitiva* (Quinta Edición ed.). Madrid: Ediciones Endymión SA.
- Moulines, C.U. (2011). *El desarrollo moderno de la filosofía de la ciencia (1890-2000)*. México: UNAM, IIF.
- Nami, H. (1998). Arqueología experimental, talla de piedra contemporánea, artemoderno y técnicas tradicionales: observaciones actualísticas para discutir estilo entecnología lítica. *Revista Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Tomo XXII-XXIII*. 363-388, Buenos Aires.
- Neurath, O., Carnap, R., y Hahn, O. (2002) [1929]. La concepción científica del mundo: el Círculo de Viena. *Redes* 9(18). 102-149.
- Pérez, A. E. (2020). Estudios arqueométricos multiproxi en cerámica de la localidad arqueológica Meliquina, Neuquén, Argentina. Avances y resultados. *Anuario de Arqueología* 12(12). 109-121.
- Politis, G. G. (2002). Acerca de la etnoarqueología en América del Sur. *Horizontes antropológicos* 8(18). 61-91.

- Popper, K. (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
- Popper, K. (1988). *Realismo y el objetivo de la ciencia. Post Scriptum a la lógica de la investigación científica. Volumen I*. Madrid: Tecnos.
- Popper, K. (1991). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Buenos Aires: Paidós, SAICF.
- Rehren, T., y Pernicka, E. (2008). Coins, artefacts and isotopes—archaeometallurgy and archaeometry. *Archaeometry* 50(2). 232-248. United Kingdom: Wiley-Blackwell Publishing Ltd.
- Riccoeur, P. (1988). *Hermenéutica y acción*, Buenos Aires: Docencia.
- Riccoeur, P. (1995). *Teoría de la interpretación*, México: Siglo XXI.
- Rizzo, F., Cardozo, D., y Tapia, A. (2016). Múltiples líneas de evidencias aplicadas al estudio de un individuo prehispánico: Sitio Rancho José (Buenos Aires). *Revista argentina de antropología biológica* 18(1). 1-15.
- Rocchietti, A. M. (2009). Arqueología del arte. Lo imaginario y lo real en el arte rupestre. *Revista del Museo de Antropología* 2. 23-38.
- Rocchietti, A. M. (2019). Arqueología histórica: programa de investigación y dimensiones epistemológicas. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana* 8. 9-22.
- Rocchietti, A., y De Grandis, N. (2016). Socio-arqueología de San Bartolomé de los Chaná, reducción de Indios. *Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana* 5. 55-72.
- Rolland Calvo, J. (2005). “Yo [tampoco] soy marxista”. Reflexiones teóricas en torno a la relación entre marxismo y arqueología en *Complutum* 16. 7-32.
- Rosales T., Gamarra N. y Gayoso, H. (2019). Análisis arqueométricos de las estatuillas de madera del Conjunto Amurallado Uthz An (ex palacio Gran Chimú) del complejo arqueológico Chan Chan, costa norte del Perú. *Archaeobios* 13(1).5-22.
- Ruiz, T. C., Sanjuán, L. G., Pérez, V. H., Ramírez, J. M. M., del Río, Á. P., y Taylor, R. (2006). La arqueometría de materiales cerámicos: una evaluación de la experiencia andaluza. *Trabajos de Prehistoria* 63(1). 9-35.
- Ruiz Gordillo, J. O. (2022). Construcción de la trama y urdimbre de una ciudad en el siglo XVI: Santa María de la Asunción Misantla, Veracruz, México. *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana* 14(1). 9 - 22. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.v14i1.143>.
- Scarano, E., Pucciarelli, H., Crivos, M., Prati, M. (1994). Estado actual de la Experimentación Antropológica en Argentina. *Interciencia* 19(4). 191-195.
- Spencer, H. (1966). *The Works of Herbert Spencer. Vols. VI, VII, VIII. The Principles of Sociology*. Osnabrück: Otto Zeller.
- Spencer, H. (1972). *On Social Evolution, edición e introducción de J. D. Y. Peel*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

- Spengler, G., y Ratto, N. (2020). Arqueometría de materiales constructivos en tierra de la aldea de Palo Blanco (Catamarca, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 21(2). 173-186.
- Shanks, M., y Tilley, C. (1989). Archaeology into the 1990s. *Norwegian Archaeological Review* 22(91).1-12.
- Taddei, T. T. (2022). El aporte de las fuentes históricas para el análisis bioarqueológico y de prácticas funerarias durante el siglo XIX en El Monumento Histórico de San José Del Monte De Los Lules (Tucumán – Argentina). *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana* 14(1). 53 - 68. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.v14i1.146>.
- Tilley, C. (1984). Ideology and the legitimation of power in the Middle Neolithic of Southern Sweden. En D. Miller y C. Tilley (Eds.) *Ideology, Power and Prehistory* (pp. 111-146), Cambridge: Cambridge University Press.
- Vieira, G. F., y Coelho, L. J. D. (2011). Arqueometría: Mirada histórica de una ciencia en desarrollo. *Revista CPC. São Paulo* (13). 107-133.
- Villa, M. de las V. V. (2022). Fusionando la Arqueología y la Historia a través del patrimonio cultural: discursos contemporáneos para comprender experiencias del pasado. *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana*. 14(1). 95–114. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.v14i1.148>.
- Volpe, S. (2021). La arqueología histórica, la sociedad, la historia y el estado las relaciones entre la arqueología y antropología urbana: El caso de la “basurita”; *Teoría Y Práctica De La Arqueología Histórica Latinoamericana* 12(1). 71–86. DOI: <https://doi.org/10.35305/tpahl.v12i3.115>.
- Yustos, P. S. (2014). Los márgenes del pasado. La producción transdisciplinaria del saber arqueológico/ The limits of the Past. The transdisciplinary production of the Archaeological Knowledge. *Complutum* 25(1). 9-16.
- Zarankin, A. (2004). Hacia una arqueología histórica latinoamericana. *Funari, PP y Zarankin A. Arqueología Histórica en América del Sur; Los desafíos del siglo XXI*. 127-141. Recuperado de https://www.academia.edu/download/36316579/Arqueologia_Historica_en_America_del_Sur.pdf#page=127. Último Acceso: 07/08/2021.

Recibido: 16/06/22

Aceptado: 28/06/22